

culto se hallan solos. Pero se han equivocado. Se han pasados de listos.

Algunos de ellos tenían talento. De haberlo desarrollado en la soledad, en el estudio, en el trabajo, se habrían creado poco á poco esa virtud de las reputaciones sólidas que hace caer sobre sus mismos enemigos los ataques que éstos las dirigen.

Les espantó la perspectiva de ese lento progreso en espíritu y prefieren los caminos fáciles del anuncio, de la añagaza, de la sorpresa. ¿Para qué la molestia si el público no entiende? ¡Para qué! ¡Para qué! ¿No es esta la exclamación de los verdaderamente pesimistas?

Pero las plañideras han despertado el espíritu del Pueblo. Aun no entiende del todo el público; aun no distingue bien entre el charlatán y el orador, entre el artista y el hombre práctico, entre el político que sirve una idea y el político que se sirve á sí mismo. Pero empieza á entender, y ya hay gentes, de las que aprovechaban la insensibilidad general, que notan que se les escapa la tierra que pisan. ¿Qué ocurrirá si llegase el pueblo de España á entender bien?

De ahí la urgencia de atenuar el es-

píritu crítico. Nada de más efecto que confundirlo con el espíritu negativo. Sólo que esta confusión hay que rechazarla con energía.

Las plañideras españolas no son pesimistas. Representan, por el contrario, el único optimismo eficaz. Su optimismo es la conciencia de un ideal que no puede satisfacerse con las realidades que encuentra á mano; es un horizonte que les impulsa en cada momento á no detenerse en el camino; es una fuerza que les permite domoñar su sensualidad, su ambición personal, su egoísmo, y concentrarse en una vida de trabajo.

No pueden contentarse con lo que ven, ni consigo mismas; no dejan á los demás que se contenten; son esforzados que despiertan en torno suyo la necesidad del esfuerzo. ¿Cómo no han de provocar las protestas de los regalones, de los sensuales, de los perezosos y de los egoístas?

Pero en su queja hay un camino, un más allá y una esperanza. ¿Qué hay en sus adversarios? «La cuestión es pasar el rato», es decir, que lo pasen ellos bien, no el pueblo que emigra.

RAMIRO DE MAEZTU

PEDAGOGÍA

Los exámenes

Giner de los Ríos en su obra *Educación*, y bajo el título *Más contra los exámenes*, dice: «como las oposiciones á cátedras, los exámenes destinados á comprobar la suficiencia de los alumnos obedecen á una concepción y á un orden de cosas á que de día en día van sustituyendo ideas más razonables. Se comprende que cuando el maestro y el discípulo apenas sostienen entre sí una superficialísima comunicación personal, cuyas dificultades aumenta hasta hacerla á veces imposible la inmensa aglomeración de alumnos en las clases

de gran número de establecimientos; cuando en estas condiciones sería inútil pedir al profesor juicio alguno formal acerca de estudiantes que apenas conoce de vista, se haya pretendido compensar la falta de este juicio por medio de ciertas pruebas momentáneas, en que el candidato manifieste el fruto de sus estudios. Todavía en este caso, el examen, aun rodeado de todas las precauciones posibles, como son la pluralidad de actos, la mayor duración, el carácter familiar con la consiguiente ausencia de toda solemnidad, excep-